
Miedo al año 2000

EN LA EDAD MEDIA, AL APROXIMARSE el año 1000, un sentimiento de pánico se apoderó de gran número de europeos que

esperaban ver llegar el fin del mundo sin otra esperanza que la fe en Dios. Desde entonces han cambiado profundamente las

IV TRIMESTRE 1994

mentalidades y la sociedad se ha secularizado en profundidad, lo cual no quita que un sentimiento de inquietud se haya propagado por este fin del segundo milenio de la era cristiana en vista de las gigantescas conmociones que se han producido estos últimos años en la organización del mundo y del caos que se presiente (por ejemplo, a raíz de la disgregación del imperio soviético) En este clima de incertidumbre, de pérdida de las referencias, buenas o malas, que estructuraban las relaciones internacionales y el orden mundial desde 1945, han visto la luz numerosos movimientos de reafirmación de lo religioso en la escena política. Se trate de judíos, de cristianos o de musulmanes, todos consideran que los infortunios de la humanidad vienen de que la razón humana ha querido emanciparse de la fe, de la observancia de lo que exhortan los textos sagrados: que el proceso de secularización, de pérdida de iniciativa de la religión sobre la organización social y política, que se inicia con el Siglo de las Luces, ha producido directamente las peores desgracias del Siglo XX, el nazismo y el estalinismo, que olvidan que en primer lugar el hombre es una criatura de Dios; pero también todas esas formas de desmembración social como la toxicomanía, la degradación de los extrarradios en guetos, el considerable desarrollo de la xenofobia, el racismo y los procesos exclusivistas.

Estricta observancia

Para salir de tales atolladeros, los nuevos movimientos —cristianos, judíos o musulmanes— predicán el retorno a la estricta observancia de los mandatos de la religión tanto en la vida privada como en la existencia pública. De ahí la aplicación de la *shari'a* en el mundo musulmán, de la *halakha* en el mundo judío, el combate contra el aborto, por ejemplo, en el mundo cristiano. Son también, en el desmoronamiento del comunismo —Estados e ideologías mezclados—, los iconos que hoy se esgrimen en las manifestaciones de Kiev o de Moscú, tras las huelgas de los años ochenta en Polonia, donde los obreros desafiaban el poder dictatorial comulgando en los astilleros de Gdansk con una imagen de la Virgen María en el ojal.

¿Participan todos estos movimientos de la misma lógica o bien pertenecen a registros diferentes? ¿Es preciso temerlos primero (o admirarlos, según sus opciones) o, por el contrario, hay que tratar de analizarlos para comprender no sólo cuales son sus planes, de dónde se nutren y las causas de sus éxitos y fracasos, sino, sobre todo, lo que dicen de las disfunciones de nuestra sociedad? No hay duda que lo primero es tomárselos en serio y, se comparta o no su visión del mundo, comprender a qué tipo de necesidades han sabido responder en su momento. En muchos

aspectos, el retorno de la religión a la escena política tras la ola de secularización ocurrida en los decenios que siguieron a la II Guerra Mundial se manifiesta como una *revancha*.

Es en la segunda mitad de los años setenta cuando se producen por primera vez en la historia contemporánea los fenómenos que harán perceptible esta revancha de Dios. Se trata únicamente de síntomas, y es importante situarlos en un contexto global si se pretende descubrir sus causas.

La llegada al poder de Menájem Beguin como primer ministro de Israel en 1977 puso fin a casi tres décadas en las que el Partido Laborista había monopolizado el ejercicio del poder, favoreciendo una concepción laica y socializante del sionismo. Para los fundadores de Israel en 1948, la identidad del nuevo Estado se basaba en la pertenencia de la mayor parte de sus ciudadanos al pueblo judío y en absoluto en una concepción religiosa acatadora del judaísmo. Además, los sionistas habían combatido duramente a los rabinos ortodoxos, que se negaron a que sus fieles emigraran a Palestina durante la II Guerra Mundial, manteniéndolos en guetos en la Europa del Este y abandonándolos así al exterminio nazi. Para los religiosos ortodoxos, efectivamente, sólo el Mesías podía llevar de nuevo a la tierra prometida a los judíos dispersos por todo el mundo, y que un movimiento político y laico como el sionismo se erigiera

en su promotor se consideraba una blasfemia. Pero a partir de 1977, y hasta hoy mismo, los partidos religiosos, que se han desarrollado en el electorado israelí hasta controlar algo más del 15% de los votos, se han convertido en compañeros indispensables de las coaliciones en el poder en Jerusalén. Han conseguido hacer modificar la legislación en el sentido de una mayor compatibilidad entre la ley civil y la *halakha* religiosa, y ocupan un espacio cada vez más visible. En la zona judía de Jerusalén, cerca de un 40% de los habitantes vive en el seno de nuevos guetos construidos por los judíos religiosos a fin de aislarse de los judíos laicos (poniendo las barreras la noche de *sabbath* para impedir la circulación rodada, educando a su numerosa prole en el marco estricto de las escuelas religiosas —*yeshivot*— para sustraerla a los peligros de la enseñanza laica del Estado).

“Espíritu de Compostela”

En septiembre de 1978, el cónclave eleva al pontificado de la Iglesia católica al cardenal polaco Karol Wojtyła, bajo el nombre de Juan Pablo II. El nuevo Papa, si bien no pone en cuestión la lógica del *aggiornamento* establecida en el concilio Vaticano II, fija claramente como prioridad de su pontificado la *nueva evangelización*. Según él y los cardenales más influyentes de la Curia actual, como Joseph Ratzinger, prefecto de

la Congregación para la Doctrina de la Fe, o Jean-Marie Lustiger, arzobispo de París, el mundo cristiano ha caído en el paganismo, un paganismo cuyos dioses ya no se llaman Apolo o Dionisos, sino consumo, culto al cuerpo, erotismo, dinero o poder. La nueva evangelización aspira a restaurar una moral cristiana que recree una ética social fuerte, generadora de un proyecto de existencia y de solidaridad entre creyentes que van más allá de la yuxtaposición de los egoísmos. Su forma de actuar pasa por la reafirmación de la identidad católica, la puesta en marcha de sus virtudes específicas, la ruptura con los hábitos y costumbres del entorno pagano a fin de crear primero un modelo que se propague rápidamente a todo el conjunto de la sociedad: para Europa, esto es el *espíritu de Compostela*, que pretende enraizar de nuevo al Viejo Continente en su identidad cristiana milenaria.

En 1979, el mundo musulmán es sacudido por el seísmo de la revolución islámica en Irán, que derriba el régimen del sha y lleva al poder al *ayatolá* Jomeini. Este instaura la primera *república islámica* del mundo contemporáneo y empieza a aplicar la ley de Dios, o *sharí'a*. Todos piensan entonces —temiéndolo o esperándolo— que, a semejanza de las revoluciones francesa o rusa, la iraní va a diseminarse por todo el mundo musulmán. De hecho, no sucede nada de eso: pese a la conmoción política de raíz islamista que alcanza su

paroxismo con el asesinato del presidente Anuar el Sadat a manos del grupo Al Yihad en octubre de 1981 y el levantamiento de la ciudad de Gana (Siria) a instigación de los Hermanos Musulmanes en febrero de 1982, en ninguna parte desembocan estos acontecimientos en una toma del poder como sucedió en Irán. La paradoja tiene, sobre todo, su explicación en el carácter particular de la situación del islam shíf, que predomina en Irán, por oposición al islam suní, que atañe a cerca del 85% de los musulmanes en todo el mundo, o sea, la inmensa mayoría. Efectivamente, el triunfo de la revolución en Irán fue debido a una alianza entre dos capas socio-culturales diferentes: un sector del clero shíf, conducido por Jomeini, y los jóvenes intelectuales islamistas radicalizados, educados en las universidades laicas y muy representativas de las disciplinas clásicas de las ciencias aplicadas (medicina, ingeniería, informática, etcétera). El clero shíf, a lo largo de la historia, ha sido tradicionalmente independiente del poder político: en efecto para los shíes el poder legítimo corresponde a los imames del linaje de Alí, el último de los cuales desapareció, se ocultó, en el año 941 de nuestra era. Y mientras dura esta ocultación, el mundo se llena de tinieblas y de iniquidad; los hombres sólo recobrarán la luz y la justicia cuando regrese este imam escondido, el Mahdí o Mesías. El clero shíf, partiendo de esta

concepción del mundo, estima que los detentadores del poder político no merecen más que una fidelidad de fachada. La verdadera fidelidad va a parar al Mahdí. Pero esto no ha significado que fuera preciso hacer la revolución: a fin de encontrar un *modus vivendi* que protegiera su independencia evitándoles al mismo tiempo exponerse a las iras del poder establecido, los *ayatolás* del shíismo han predicado el *quietismo* en política. Con la llegada de Jomeini dicha actitud se modifica radicalmente, la impiedad del sha es vituperada y las masas son llamadas a derrocarlo en nombre de Dios.

Jomeini y la utopía

Este cambio se explica por el hecho de que Jomeini y sus allegados habían tomado en cuenta la existencia de esta capa de jóvenes cultos, descontentos de su suerte, que busca en los textos sagrados del islam la utopía de la sociedad a construir. La alianza entre estos jóvenes —a los que se ha apodado *doctores en filosofía con barba*— y el clero es lo que ha permitido desencadenar la revolución y hacer bascular durante el proceso a una parte significativa de la población, asegurando el éxito de la operación. A modo de desquite, en el mundo suní, los *ulemas* —doctores de la ley islámica—, que siempre han dudado mucho en proclamar la ilegitimidad del Gobierno en tierras del islam y que más bien han tratado de amonestarlos con el objeto de

que se reformara cuando se alejaba de la aplicación de los preceptos de la religión, se han negado en conjunto a aliarse con los jóvenes revolucionarios. De este modo, cuando Sadat fue asesinado “en nombre de Alá” porque a ojos de sus asesinos era un apóstata, los *ulemas* egipcios denunciaron airadamente este acto y declararon nulos los avales religiosos de los que se valía. Esta reticencia de los *ulemas* ha jugado un importante papel para evitar que la mayoría del pueblo, a semejanza de Irán, se inclinara hacia la revolución.

El fenómeno de la enorme representación de jóvenes licenciados en las disciplinas universitarias de las ciencias aplicadas en los movimientos de reafirmación religiosa dentro de la escena política y social no se limita al mundo musulmán: se da asimismo en los movimientos cristianos y judíos.

El televangelista Jerry Falwell, líder de la Mayoría Moral norteamericana, tiene estudios de ingeniería aeronáutica; el movimiento Lubavitch, el más importante de los grupos judíos que pregonan un retorno a la más estricta observancia religiosa, cuanta con numerosos estudiosos de la informática y una de sus figuras capitales en Israel, el profesor Branover, es un especialista mundialmente reconocido en magnetohidrodinámica. Ejecutivos de la industria y médicos abundan en las asociaciones carismáticas del renacimiento